

La tisis mesentérica iba minando su organismo débil, torturado por ciertos excesos de juventud y por los climas húmedos en que había vivido; en 28 de Julio de 1900 va a Suiza en compañía de Ramalho Ortigão; sigue éste en 2 de Agosto su viaje a Berna e Interlaken, hacia la Engadina, y deja en Glion a Eça mejorado y animoso, leyendo y fumando; pero el novelista siéntese grave y regresa a París una semana antes de morir. Muere en su casita de Neuilly, a las cuatro y media de la tarde del 16 de Agosto de 1900. Dejó como obras póstumas SAN CRISTOBAL, SAN ONOFRE y SAN FREI GIL, tres maravillas de hagiografía cristiana sobre un fondo de novela realista moderna.

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO.

Madrid, 12 de Junio de 1920.

I

SAN ONOFRE

I

Onofre, desde los veinte años, vivía en el desierto de la Tebaida...

Su caverna de solitario estaba en lo alto de un monte, todo de roca rojiza y desnuda, sin un espinoso o un musgo que suavizase su aspereza; y seguramente antaño había albergado salteadores sarracenos, porque el amplio enlosado que delante de ella se extendía, en explanada, estaba cerrado y defendido por un muro de piedras sueltas, ennegrecidas por el humo de las hogueras, y con saeteras como las de una ciudadela. Asperos pedregales cavados en la roca descendían tumultuosamente a un valle donde un hilo de agua cayendo de peña en peña había creado un huerto de hierbas silvestres, tamariscos, terebintos, tres altas palmeras y hasta una mimosa que cada primavera florecía y perfumaba el yermo... Más allá, detrás de gruesos peñascos de pórfido, estaban las arenas, las inmensas arenas arábicas, ondulando hasta el

Mar Rojo, lisas, refulgentes, como la piel de un león...

Cada vez que la mimosa se cubría de gajos amarillos, Onofre, con un hierro de lanza encontrado en el fondo de su caverna, marcaba en la roca una raya: como las que su padre, en su taberna, en la ciudad de Afrodita sobre el Nilo, trazaba en la pared para apuntar los años del vino Marcótico...

Cada tres meses aparecía un monje, montado en su dromedario, trayendo en serones de esparto esos panes de avena, duros y más anchos que ruedas, que los abades de los monasterios distribuían entre los solitarios de la Tebaida. Sin descender del dromedario, el monje daba a Onofre su pan, bebía una taza de agua fresca, contaba la noticia considerable de algún edicto imperial sobre los cristianos, de otro César aclamado por las legiones, o de una herejía inesperada que affigía a la Iglesia, y se marchaba, desaparecía entre las dunas, encorvado bajo su larga capucha, al lento tintinear de los cascabeles de su dromedario. Durante muchas lunas, Onofre no divisaba otro rostro humano. Y su vida seguía, siempre igual, como el agua de su huerto, que con el mismo rumor corría en las mismas piedras.

Cada noche, aun con las estrellas palideciendo en el cielo, dejaba el montón de hojas secas que le servía de lecho, ataba una cuerda en derredor de su túnica de piel de cabra, y arrodillado, con

los brazos abiertos delante de una cruz de madera clavada entre dos losas, en la explanada, comenzaba su oración, hasta que en el fondo de los arenales, ya rosados, el sol surgía en el cielo sin nubes, ya ardiente, todo de brasa y de oro... Entonces, en pie, Onofre entonaba un cántico agradeciendo al Señor el día nuevo... Después, en obediencia al precepto de San Antón, que atribuía al trabajo tanta virtud como a la oración, cogía su hazada, su podadera, su balde de cuero, y descendía cantando a trabajar abajo, en aquel huerto que el agua había formado y que él ensanchaba pacientemente sobre las arenas, para que se cumpliese la palabra divina y *el Desierto se cubriese de flores...* Cuando el cielo pesado flameaba en su inmovilidad, y los ramajes se ennegrecían como broncees en la refulgencia ambiente, y la tierra le escaldaba los pies desnudos, Onofre, fatigado, sediento, jadeando como un buey en la labranza, subía a su caverna, desenrollaba los rollos de papiro que contenían los Cuatro Evangelios y encogido en una zona de sombra, después de besar las líneas divinas, sumíase en una meditación en que toda la vida del Señor revivía lentamente en su alma y la inundaba de dulzura o la traspasaba de dolor... Postrado, con el rostro en las losas abrasadas, oraba; y de nuevo volvía a su dura labor, cantando salmos, mientras la azada golpeaba el terruño, o los hombros se le doblaban bajo la carreta de pedruscos, para que sin cesar subiese del yermo

hacia el cielo, como un humo de ara que nunca se apaga, el tributo de su corazón...

Lentamente, montes y rocas se teñían de un color rosado semejante a un rubor humano; las alturas eran de ámbar fino; en los follajes, más ligeros y como aliviados, pasaba un estremecimiento de alas, un piar fugitivo de las aves que venían a beber a la fuente; y cuando Onofre se recogía al alto cercado, con su azada al hombro, todo el desierto, allá abajo, hasta el mar, brillaba como una lámina de cobre... El sol descendía por detrás de nubes que ensangrentaba; y era entonces cuando el Solitario, aliviando la fatiga con un largo suspiro, se sentaba, con una corteza de pan duro y unos pocos dátiles en el regazo y su jarra de agua fresca posada junto a la cruz... Con los ojos tendidos por las inmensas arenas que palidecían, Onofre comía lentamente...

Cada sorbo de agua difundía en su ser, con la frescura, el contento de todo un día consagrado a trabajar en la obra de Dios. Y su Oración de Gracias era tan enternecida que las lágrimas, una a una, le resbalaban por las barbas polvorientas.

La luna, curva como una barca del Nilo, o redonda y brillante como la rueda de un carro sagrado, rozaba la cima negra de la Cordillera Árabe. En la torrentera los chacales aullaban descendiendo a la fuente... Después todo enmudecía; y Onofre, recostado en el parapeto, embebido en la frescura y en la paz del claro de luna, sentía en

aquel silencio universal el palpitar cansado de su corazón. Pero aun esos instantes de reposo los consagraba al Señor;—atribuyendo solamente a su misericordia el impulso que le había arrancado de entre los hombres y del lodo en que se chapuzan, y le había traído a la pureza de esta soledad, donde la eterna Verdad se divisa tan claramente como aquella gran luna, lustrosa y consoladora... En su reconocimiento se postraba de nuevo ante la cruz, y de rodillas, cantando un último salmo, después de arrastrarse tres veces en torno de su cercado, Onofre penetraba en su negra caverna y se tendía contento en su lecho de hojas secas...

Así, en aquella inmensidad de arenas, que ondulaba desde Egipto hasta Arabia, bajo esa inmensa curva del cielo donde se fatigaba el aletear de las águilas y de los vientos, se movía aquella forma solitaria, única entre tanta inmensidad, siempre diligente como una abeja que fabrica su miel; orando con los brazos abiertos, cavando la tierra, hojeando el libro sagrado, trepando por los peldaños de la caverna con su odre de agua, de hinojos en las losas ante la cruz, entonando desde el borde de su cercado un cántico de gran esperanza, sumergiéndose en las tinieblas de su caverna, emergiendo ansiosamente de ella para volver a la oración, al trabajo, al éxtasis, a la penitencia incansable... Dios miraba... y esperaba...

II

Pero como el Solitario iba penetrando en la perfección, el Demonio, inquieto con el santo ruido que surgía, corrió al Yermo; y desde entonces comenzaron en el alma de Onofre los sustos, las sorpresas, los ruidos, los combates de una ciudadela cercada. El cenobita con quien él al principio habitara en el desierto de Scetis, el viejo Apolonio, que había traspuesto un centenar de años y sólo conseguía ya caminar con las manos en el suelo, le había instruído muy ampliamente acerca de las artes múltiples y ondulantes de Satanás, que invade los corazones, menos por la fuerza y despedazándolos, que por una penetración de horrenda y abominable dulzura... Y sin embargo, tan seguros y serenos fueron sus primeros tiempos en el Desierto, que Onofre, como un centinela que ve en derredor la planicie sólo cubierta de espigas y de luz, y se recuesta en la lanza, y se adormece, había dejado al Enemigo penetrar en su ser, con la facilidad de una culebra que se escurre entre las tablas mal juntas de una cabaña... Aun él cada día, al oscurecer, reposando al borde de su cercado, con los ojos hundidos en las estrellas, agradecía al Señor aquella dulce misericordia que caía en su alma como una fuente de leche, y ya la serpiente bebía de esa leche... El arbusto da

el perfume de su flor y no siente el gusano; Onofre no sentía al Demonio deteriorando la raíz de su perfección. Había sólo entonces en él, a esa hora de silencio y de estrellas, una evocación tan dulce de la ciudad de Afrodita y de la taberna de su padre, que apoyaba la cabeza sobre la roca, y cerraba los párpados para retener más cerca del alma esas imágenes inesperadamente bellas, de arbolados y de casas blanqueando entre los arbolados, y de alegres rumores humanos...

La taberna de su padre era en el barrio griego de Afrodita, junto a la Puerta de las Arenas, a la orilla de un bosque de mimosas y sicomoros que, sobre una colina más alta que las murallas, se extendía hasta un pequeño santuario de Esculapio.

Por aquel lindo bosque acompañaba él a su madre—que era griega, de las Islas Egeas—cuando, ya pálida, consumida por los ardores del Egipto, iba ella a suplicar la salud al Dios helénico, al claro Idolo de barbas doradas, y a derramar sobre su ara el aceite puro del Atica, que llevaba en la mano en una cántara pintada. Era siempre de madrugada, cuando en los vergeles del santuario cantaban los gallos consagrados a Esculapio...

Del lado de las murallas donde estaba acuartelada la Legión Germánica, venía el son áspero y grave de las trompetas, que le hacían pensar en marchas triunfantes por países bárbaros y altas ciudades amurallada. Y su pobre madre se detenía, fatigada.

con la mano transparente sobre un tronco de árbol, respirando el aroma disperso de violetas entre la hierba, que le recordaba la dulzura de su patria.

Por aquel bosque cruzaba también todas las tardes, con su jarra de greda bajo el manto de lino, a buscar a la taberna cerveza de Cilicia o vino Marcótico, el viejo Ammonio, el archivero del Santuario, que le enseñaba las Letras, los Números, ciertos dictámenes de Música, las divisiones del Imperio Romano y hasta, sobre una esfera hecha de mimbre fino, el caminar de las estrellas... ¡Buen Ammonio, que siempre le había amado, que le admiraba tanto por su inteligencia y que hasta había aconsejado a su padre que le mandase a estudiar, a las Escuelas de Alejandría, la Gramática y la Retórica!...

No todos los paganos indudablemente van al Infierno. Aquél era sencillo, suave, humano, y siempre en la taberna desmigajaba sobre el suelo un poco de su pan para las golondrinas y para los ibis...

Así Onofre cavilaba y recordaba a la puerta de su caverna, entre las rocas, envuelto por el Desierto... Y como huéspedes bien acogidos en casa abierta y repleta, que vuelven contentos trayendo a otros camaradas, estos pensamientos invadían cada noche el alma del Solitario, arrastrando otros, más ligeros, más llenos del rumor y de la alegría del mundo que él había abandonado... Todos procedían siempre de aquella ta-

berna del *Gallo*, tan clara y fresca entre los sicomoros... ¡Qué aseada y bien gobernada estaba!... Junto a la puerta estaban colgados los azotes para los siervos que no extendiesen bien finamente por los patios la arena roja entre los macizos de rosas, o que no esponjasen cada madrugada, sobre los muros pintados de amarillo, el humoso rastro de las lámparas...; pero, en verdad, sólo sobre el azote se amontonaba el polvo; tanta era la diligencia y el orden... ¡Ningún pan se amasaba en Afrodita más suave y blanco que el del *Gallo*!... Y para comer las ostras de Canopia, que todos los días llegaban por las barcas del Nilo, en gruesas cajas forradas de algas, venían allí mercaderes ricos y hasta sacerdotes: porque los que sirven a los ídolos son siempre voraces...

También los griegos, en aquel barrio nuevo, escogían siempre *El Gallo* para rematar a la noche con danzas las horrendas fiestas dionisiacas... ¡Cuántas veces, antes de que la verdad penetrase en él, había ayudado culpablemente a colgar linternas en el ancho y profuso sicomoro que ensombrecía el patio del lado de las murallas!... Al oscurecer aparecían los místicos en bandada, mozos y muchachas, de regreso del Templo, coronados de hiedra y chopo, disfrazados con máscaras, envueltos en pieles de macho cabrío, cantando los himnos de Yacos... Los siervos subían luego de la bodega, sosteniendo por las asas un enorme cántaro de vino nuevo. Caretas y pieles eran arroja-

das junto a las mesas, armadas bajo el velario de esparto, cubiertas de aceitunas, de pasteles de miel, de frutas en cestas y de hielo que brillaba... Todos corrían a refrescar las caras, abrasadas y llenas de polvo, en la ancha piscina, al lado del pesebre de los dromedarios... Dos mozos de los más ágiles danzaban entonces la Pirrica, levantando vasos a manera de escudos y blandiendo, como lanzas en un combate, los tirsos de mirto y de rosas... Después el cántaro enorme de vino era arrastrado al medio de la explanada, coronado de flores; y todos, con las manos juntas, los muchachos alternando con las mozas, la Fuerza entremezclada con la Gracia, bailaban al son triunfal de las flautas y de los crótalos el Coro sagrado, gritando: "¡Yacos! ¡Sé con nosotros!..." ¡Delirios abominables!... Pero en el danzar de aquellas paganas, destinadas a los fuegos del Infierno, más blancas que los mármoles y con formas impuras de Diosas, ¡cuánto arte perverso y cuánta belleza!...

Sobre todo, una de ellas, Glyceria, que era hija de un grabador de perlas finas, y habitaba tan cerca del Gallo, que él la sentía cantar, hilando a la vera de su portal, o colgando en las ramas del limonero las ropas del hermano pequeñito... Muchas veces, pasando por su puerta, de madrugada, vió trazados con tiza loores a su hermosura y a la gracia de su andar: "*¡Glyceria, por ser la más bella, precocupa a Venus!... —¡Tus pies, oh,*

Glyceria, correrían sobre lirios sin mancillarles la pureza!..." Y él se ruborizaba indignado, como si sorprendiese un ultraje. Tenía entonces quince años y ella veinte; y cuando la divisaba al borde de la terraza, ligera y blanca, con el hermanito al cuello, una melancolía sin motivo, dulce como el crepúsculo, descendía sobre su corazón... La última vez que la había encontrado, había sido en esa mañana, en que él subiera al Templo de Esculapio para despedirse del viejo archivero, su maestro...

Era a la hora de la siesta; y en derredor del Santuario, blanco y lustroso, el bosque sagrado reposaba en el esplendor del sol de Agosto, sin un murmurio de ramaje, abrigando aquí y allá, en la sombra fresca, alguna desnudez de estatua que brillaba... Y en el silencio, el gotear durmiente de las aguas lustrales sobre las bacías de pórfido, el arrullar fugitivo de una tórtola, eran aún como rumores religiosos, llenos de gravedad y de dulzura...

El enorme Esculapio, sobre su altar, en lo alto de las escaleras de mármol color de rosa, sonreía beatíficamente en su barba dorada, reconstado en su bastón, donde se enroscaba una culebra de bronce. En una jaula de cedro, las dos serpientes rituales, gordas, moteadas de amarillo, dormían con beatitud sobre fofas lanas de Mileto... A un rincón, en su silla de marfil, el Sacerdote de servicio dormía también, con las manos resplande-

cientes de anillos posadas sobre el vientre, y una punta del manto de lino extendida sobre la faz, sudada y lustrosa. Y en el ara de bronce, cubierta de brasa, un humo ligero y lento y recto y perfumado, subía como una prez continua y serena... En espera de su maestro, él paseaba en la frescura de los pórticos, entre las columnas de mármol, cubiertas de estelas votivas y de pétalos de mimosas, ahogando sobre las losas bien lavadas el ruido de sus sandalias, cuando ella asomó por la larga avenida de palmeras... Lenta y pensativa, con las manos envueltas en el velo ligero de color de azafrán, que le colgaba de los cabellos, vino caminando por la franja de sombra hasta la escalinata de mármol, que sus rodillas tocaron ligeramente... Y sus ojos, que levantó vagorosamente hacia el Dios, y donde una lágrima bailaba, eran como dos piedras preciosas refulgiendo bajo el agua... Después, con la mano que había sacado del velo, dejó caer sobre el ara un puñado de incienso. Contempló un instante el humo aromático que envolvió la faz del Idolo; y bajó por la avenida, a pasos lentos y pesados, con el semblante caviloso, bajo la sombra angosta de las palmeras. Glyceria resplandecía de salud y de lozanía... ¿Para qué ser bien amado había venido a implorar a su Dios?... Lejos ya, bajo los árboles, su velo, recogido en un rayo de sol, resplandeció como el oro... Y nunca más la había vuelto a ver...

Una noche en que así cavilaba, con la cabeza

recostada en las rocas, sintió cerca como un rumor de sandalias y un aroma lento de incienso. Abrió los ojos, con espanto, y en el sitio de su negra caverna vió que blanqueaban los mármoles del Templo... ¡Esculapio sonreía en sus barbas doradas, el ara humeaba dulcemente y Glyceria, sin velos, extendía los brazos!... Pero era hacia él, no hacia el Dios, hacia quien extendía los brazos suplicantes y desnudos. Bajo la túnica, apenas fruncida, su seno palpitaba como un deseo que anhela y se contiene... Toda ella sonreía, con los párpados pesados... Y el calor de su cuerpo irradiaba a través de los tejidos ligeros...

Tan viva y real era aquella presencia, que Onofre murmuró, temblando: "¿Qué quieres?..." Y ya se levantaba, sus manos se hundían en aquellas blancuras de carne y mármol, cuando todo desapareció súbitamente, como sorbido por la negra boca de la caverna... Entonces Onofre, con inmensa tristeza, reconoció que el Demonio había penetrado al fin en su soledad... Aquellas evocaciones de los pasados días, que creyera enviadas por Dios para que él ahora, viviendo en las delicias de la Verdad, las contemplase con el saludable horror con que el hombre, un momento extrañado, contempla las manchas de vino en la túnica que se quitó del cuerpo;—eran traídas por el Demonio que las embellecía, para que lo que en él aun quedaba de carnal y humano se aficionase a su dulzura...

Y en efecto, se había estremecido y había suspirado. ¡Su alma, pues, que había recogido toda dentro de Dios, no estaba aún segura!... Tumbado sobre las losas, con los brazos apretados en torno de la cruz, Onofre imploró fortaleza al Señor durante toda aquella larga noche...

III

Como un centinela desconfiado a la puerta de un castillo, vigiló él entonces severamente los pensamientos que se le presentaban procedentes de su pasado, y sólo recibía aquellos que traían la marca luminosa de la Gracia...

El más dulce de esos era el del buen Ahmés, un esclavo nubio que su padre había comprado a un bando de sarracenos nómadas, y que, habiendo recorrido la Arabia y la Mauritania y el Africa hasta el país de los Garamantes, le contaba en su infancia maravillosas historias de guerras, de leones, de pueblos terribles y de tesoros escondidos en cavernas... Su padre, desde que había terminado la persecución de Diocleciano, solía alquilar dromedarios a los cristianos de Alejandría y del Delta, que subían el Nilo hasta Afrodita en peregrinación a los Monasterios de la Baja Tebaida.

Ahmés, que conducía como camellero esas cara-

vanas piadosas, había adorado a muchos Dioses, porque había servido a muchos amos... Pero desde esas primeras jornadas a la Tebaida reconoció y comprendió al verdadero Dios, a través de la bondad y de la caridad, tan nuevas para él, de esos dulces cristianos, pacientes y piadosos, que le ayudaban a arrear los dromedarios, le sacaban de los pies las espinas o las lascas de las conchas, participaban con él de sus porciones de lentejas y aceite, y bajo la tienda, delante de las hogueras, o en las siestas, a orillas de los pozos, le llamaban, le cedían un sitio, como a un semejante y a un hermano. Las aguas inestimables del Bautismo habían bañado al fin rescatadoramente su miserable cuerpo de esclavo, más lustroso que el ébano y todo cubierto de las cicatrices del azote y de los hierros...

El buen Ahmés, desde entonces, resplandecía de contento y de paz. Y había sido ese pobre siervo rescatado por el alma, quién le contó de ese Dios nuevo que había nacido humildemente en un corral, erraba por los caminos de la tierra con los pies desnudos, y rodeado de pobres enseñaba la Caridad, la Bondad y la Humildad, deteníase a la puerta de los caseríos a besar a las criaturas y había querido morir, por amor a los esclavos, en una cruz, como un esclavo...

Era siempre de noche, en el cubículo en que él dormía, bajo el cobertizo de los dromedarios, cuando el buen Ahmés, agazapado en una estera,

con los ojos reluciendo como estrellas, le desenvolvía esa historia maravillosa: la de aquel gran Reino celeste más allá de las nubes, hacia donde irían todos aquellos que amasen a Jesús y cumplieren su ley, después de la muerte, sin tardanza, a continuar una vida incomparable, toda hecha de delicias, entre vergeles de cristal y oro...

Y en estas revelaciones de Ahmés, sentía él en su alma un rumor, un brillo de claridades y la frescura de un aire más puro, como si fuese una casa mucho tiempo cerrada y ahogada, donde alguien, bruscamente y una a una, abriese las ventanas a la brisa y al sol de la mañana...

¡Qué alborozo entonces cuando aparecía en la taberna, conducida por el gordo Basilio, diácono de la iglesia de Afrodita, una bandada de cristianos que desembarcaba y venía a subastar los dromedarios!... Hasta ese día, siempre se había apartado de ellos con un vago susto, una desconfianza que le había quedado del tiempo en que su madre le contaba que los cristianos "comían niños rebozados en harina", y para acallarle los llores, las rabietas, murmuraba señalando a la puerta: "Calla, hijo, calla; si no, vienen los cristianos que te comen..."

Pero ¡después!... Apenas ellos asomaban, corría, más reverente que ningún siervo, para aliviarles de los fardos y de los bagajes, y acarrearba alegremente el agua para las abluciones y extendía alfombras bajo los pies de los más viejos,

atento a sus menores movimientos como a considerables actos de santidad. Cuando su padre, cogiendo las láminas de plomo y el estilete, comenzaba a sumar las cuentas, él se ruborizaba, temiendo su codicia. En la Puerta de las Arenas esperaba largas horas, entre los publicanos, el regreso de las caravanas. Y si al llegar, alguno de los peregrinos cristianos, polvoriento y tiznado de los soles, le reconocía y le hacía señas, sonriendo desde lo alto de su dromedario;—su corazón palpataba de alegría y de orgullo.

Después, en esas noches, en su cubículo, no se cansaba de escuchar al buen Ahmés contando las marchas y los descansos, y los monasterios floreciendo en los Desiertos, y las nuevas hazañas de los grandes solitarios: Mucio, para que sus discípulos se abrigasen, haciendo reverdecer una acacia seca; o Pacomio, para atravesar el Nilo, llamando por señas a un cocodrilo y montado sobre su dorso... El deseo de acompañar también a las caravanas y de presenciar tan dulces maravillas fué entonces en su alma más imperioso y ardiente que una larga sed en un arenal desierto... Pero esa sed de que sufría, ¿con cuánta prisa y misericordia se la satisfaría el Señor?...

Dos monjes de Siria, Germano y Casiano, habían llegado entonces a Afroditópolis para comprar dromedarios, después de una larga peregrinación por la Nitria y el Desierto Líbico, con intención de visitar luego los Monasterios de la

Baja Tebaida hasta Colzim y el Mar Rojo... Y su padre, que deseaba entonces contratar con los Abades de esos monasterios la provisión de trigo y aceites y lanas, determinó de repente que saliese en esa caravana de los dos monjes sirios, llevando cartas de Archebio, Obispo de Pafenizia. ¡Qué sorpresa, qué alborozo!... Juan Casiano y su compañero eran del país de los Escitas, pero pulidos por una prolongada residencia en el Asia Menor, y ambos hombres de gran saber y dulzura. Y cuando en aquella primera noche en que acamparon junto a las grandes sierras de donde se saca el mármol rojo, él, temblando, suplicó a Juan Casiano que recogiese su alma para conducirla hacia la Verdad, fué como si por primera vez supiese lo que era la ternura de un padre. ¡Oh, incomparable jornada en que cada paso, más sabroso que el de un triunfo, le aproximaba al Cielo!...

Entonces conoció íntegra y más verdadera de lo que había sabido enseñársela el buen Ahmés, la doctrina de Jesús; y la Fe penetró en su corazón con la certeza y el fulgor de una espada. El cielo no era más luminoso que su esperanza en aquella madrugada en que divisaron el monasterio de Scetis y las tres palmeras que están a la entrada, teniendo cada una, colgante de las ramas bajas, disciplinas de cuerda, de cuero y de hierro, porque su regla es austera... La bocina del vigilante que observa las estrellas en la torre de la iglesia

despierta de noche, de hora en hora, a los monjes para que rezen de pie en sus cabañas, estrechas como ataúdes, sin puerta, sólo guarnecidas de una reja baja contra los escorpiones. De día cada uno permanece aislado en su cabaña, cruzado sobre un montón de hojas de papiro que les sirve de lecho, rezando sin cesar, trabajando sin descanso, tejiendo esteras, copiando evangelios, cosiendo odres, puliendo ágatas. Al declinar del Sol, el Dispensero viene a colocar silenciosamente a cada puerta un pan duro... Entonces, en el aire, más fresco, pasa el lento y largo suspiro de aquellos penitentes, que al fin descansan. En el corto crepúsculo, con los brazos ociosos, contemplan desde la angosta abertura de las celdas los altos montes, que rodean el monasterio, y el cielo, que es la preocupación de sus almas... A la noche los chacales aúllan en las quebradas. En la oscuridad de cada celda hay gemidos y el restallar de los azotes. Después todo enmudece; y dos monjes de los más viejos, sumidos en sus capuchas, rondan a través del monasterio adormecido, con lámparas y grandes cruces, para ahuyentar a los demonios que bajo formas horrendas o hermosas invaden a aquella hora el Yermo... ¡Oh, la regla es dura; pero cómo da contento y paz a todas aquellas almas por sentir tan cierto y vecino el Paraíso!...

Por eso él, después de recibir el Bautismo, en día de Pascua, y haber comido el bollo de miel, y

haber revestido la túnica de inocencia, había suplido entre lágrimas al viejo Abad Serapión que le concediese una celda para vivir entre sus monjes, en el trabajo perpetuo, en la perpetua oración... Pero el buen Abad no había consentido, porque su Fe era reciente; lo que un soplo alza un soplo derriba, y sólo almas experimentadas en mayor aspereza y soledad podían recoger en las dulzuras espirituales de aquel monasterio ilustre el premio de su fortaleza.

Entonces, por consejo de Serapión, penetró más lejos, en el Desierto, más allá de la Llanura de los Carros, en las agrestes serranías que se prolongan hasta Colzim. Y allí fué a servir a un viejísimo Solitario, a quien se le había huído el último discípulo con una bandada de sarracenos, para volver a sumirse en el pecado... Nilo era el nombre de ese Solitario espantoso, que tenía ciento veintitrés años y ya no podía caminar sino a rastras, con las manos sobre las piedras...

Tan larga y áspera había sido su penitencia en aquella soledad durante un siglo, que ya no temía a Dios ni oraba; y como un obrero que terminó la obra, se contentaba con mirar al Cielo, silenciosamente, en espera de su salario... Durante tres años en que Onofre había servido a aquel Santo terrible, nunca de él había recibido ni una sonrisa, ni un consuelo, ni un amparo; porque de tanto vivir en la soledad arenosa y pedregosa, aquel alma había tomado la sequedad de las arenas y la rigidez de

las serranías... Pero si él, entre dos largas oraciones, extendía más su descanso, o se retardaba a orillas del pozo salobre que le suministraba el agua; al punto los ojos del Solitario, aquellos ojos suyos pequeñitos y brillantes entre densas pestañas blancas, le traspasaban en una reprobación muda y dura... ¡Ah, nunca él había comprendido bien, verdaderamente, aquella virtud tremenda!... La fama de su vejez y de su santidad había invadido todo Egipto... De los montes y de las ciudades acudían monjes y hasta paganos para visitarle, unos con la admiración de tan espantosa penitencia, otros con la esperanza de ser curados por él de heridas y males... El terrible viejo, no obstante, ni siquiera consentía en que se aproximasen a su caverna, y un día hasta intentó lanzar contra uno más osado, que le quería tocar el cuerpo con la túnica de piel, una piedra, que su brazo ya no pudo levantar. Desde lejos le contemplaban los peregrinos, mientras sentado en el suelo, con los ojos bajos o perdidos en el horizonte, y tan ajeno a aquellos hombres como si fuesen piedras de su Desierto, bostezaba con lentitud o metía la mano entre la túnica para rascarse sobre el pecho y sobre los riñones las heridas incurables que le había dejado el cilicio. Por fin, una madrugada, acercándose él al montón de hojas secas que le servía de lecho, para ayudarle a levantarse, encontró al Solitario muerto... Muerto, como adormecido, en la postura de un niño, con la mano debajo

de la cara, las rodillas junto al pecho; tan pequeño, que las hierbas secas del lecho eran más largas; y su rostro, que habíase tornado color de rosa, sonreía con serenidad...

Por sus propias manos le había enterrado en la arena, junto a la gran cisterna; y cuando la fosa quedó bien cubierta de piedras, por causa de las fieras, él sintió penetrar en su alma el heroísmo penitente del viejo Solitario... Era como si hubiese heredado aquel alma formidable que se uniera a la suya y le comunicara su fortaleza invencible... Transportado en una inmensa esperanza, apeteció también ansiosamente unos cien años de desierto y de oración y de mortificación, y su nombre difundido por todo el Egipto cristiano, y una muerte igual, con la mano debajo del semblante, sonriendo, y tan pequeño que cupiese en los brazos de un ángel... Recogió entonces la túnica de piel que usaba Nilo, y su rollo de la Escritura y su bordón y su calabaza, y avanzó por el Desierto, hacia el lado del Oriente y del mar... Su sustento había sido un pan traído de la caverna del Viejo; para evitar que un bando de nómadas se lo llevase como esclavo, había estado una noche entera, agachado, enterrado en los lodós fétidos de una laguna; había luchado a pedradas contra las hienas; una planicie de sales, de aristas duras y cortantes, le había desgarrado los pies; caminando bajo el sol, lloraba de sed, contento de llorar porque bebía las lágrimas... Y bajo

estas angustias y terrores de la carne, su alma resplandecía, segura de que cada sufrimiento era un peldaño ascendido en la larga escalinata del Cielo. Por fin, una madrugada, había divisado aquellas palmeras ondulando al viento y la mimosa en flor, y en lo alto, abierta, como si le esperase, la caverna...

¡Con qué felicidad la había visitado, así como toda la sierra, de roca en roca, y la fuente clara y fría que cantaba en el valle, y los arbustos que la ensombrecían!... ¡Oh, maravillosa granja en la que era esclavo, para vivir a solas con su Señor!... Todo ese día había entonado cánticos de gracias... Y desde que allí habitaba, ya tres veces la mimosa se había cubierto de flores...

Así rememoraba Onofre ahora, cada día, su pasado piadoso. Y siempre salía de esta meditación con un contento mayor, más vivo, por la sublime obra que había emprendido...

Era magnífica y rara entre los hombres... Los monjes de Thebana, de Scetis, de la Nitria, del Lago María, vivían en las dulzuras de la comunidad y veían girar, en lo alto de las colinas, los molinos que les molían la harina, y si las fiebres les asaltaban, el hermano sabedor de las artes médicas corría con su frasco de óleo y el manojo de plantas salutíferas... Los solitarios no se apartaban de las cercanías del monasterio o del Nilo, que es la rica y populosa vía de comunicación de Egipto... ¡El mismo Antón!... El viejo sepulcro en

que se había enterrado hacía veinte años estaba a dos días de Afrodita, en el camino de las Caravanas... Pero ¡él, más solitario que todos los solitarios, habitaba los confines del mundo!... Al Occidente había leguas sin fin de arenas y rocas; a Oriente, el mar estéril, y sólo él, en aquellas soledades pavorosas, alzando su cántico perenne hacia el Cielo... Por eso también la mirada de Dios le distinguiría más claramente, así destacado y único en aquella inmensa extensión de tierra...

Y después, ¡con qué facilidad había él abandonado el mundo y los hombres y todas las alegrías de la Humanidad!... Un pobre esclavo, sencillito, inculto, le cuenta un día de ese Dios nuevo que había nacido en Galilea; y he ahí que sacude de sí, como una sandalia vieja, creencias y afectos, y las riquezas de su padre, y las promesas sorprendidas en las miradas de las mujeres, y en seguida se consagra completamente y para siempre, y se marcha y penetra en las soledades para servir y amar en silencio a ese Dios, aun mal conocido e impreciso, como una estrella entre nubes... ¿Dónde había habido Fe más dispuesta y más confiada?...

Por eso Dios también, agradecido, le había dado aquella serenidad en que vivía, ya hacía tres años, sin nostalgias que le punzasen ni terrores que le estremeciesen, seguro en aquellas bravías sierras, como un Rey en su palacio... ¡Oh, sin duda, la mirada de Dios estaba sobre él y todo lo en-

volvía en su esplendor sublime; y el Demonio y su soplo mundanal no podían trasponer, ni siquiera rozar, aquella gracia que le defendía...

En esto, una noche en que así pensaba, sintió como el deslumbramiento de una claridad; y levantando los ojos, vió entre la tiniebla, rasgada como un lienzo, una vaga nube refulgente, de donde Jesús, inclinado, con su cruz entre los brazos, miraba hacia abajo, hacia la tierra de Egipto...

Y, ¡oh dolor!, no era hacia él, único y tan visible, en aquella gran soledad, hacia quien se volvía y sonreía el semblante del Crucificado;—sino hacia allá, hacia el lado de las ciudades, hacia una multitud que se agitaba minúscula y oscura e ínfima, como un hormiguero, entre mieses y muros...

Alzó los brazos al cielo, y gritó desesperadamente:

—Oh, Señor mío, estoy aquí, yo, tu siervo, en el desierto!...

Pero entre las sombrías cortinas que se cerraban, la faz del Señor desapareció, desatenta, como si para ella no hubiese ni siervo ni desierto... Y todo volvió a caer en silencio y tinieblas...

Entonces, con los cabellos erizados de horror, Onofre comprendió que aquellos pensamientos en que se complacía, como si fuesen flores de su Piedad, eran sutiles retoños de su Orgullo... En una lacrimosa oración, prometió al Señor repeler de su alma todos los pensamientos del pasado, puesto que todos ellos, aun los de su dulce ascensión

hacia las Verdades, traían consigo la mácula del mundo, como raíces que, sean de planta saludable o de flor venenosa, vienen sucias del lodo negro en que estuvieron empapadas...

Y para mayor humildad, selló su promesa con la sangre que las disciplinas le arrancaron toda la noche del cuerpo...

IV

Entonces, para que esos pensamientos de su vida entre los hombres no le perturbasen el alma, Onofre, en la corta hora de reposo, al oscurecer, obligaba a sus ojos a contemplar una a una las apariencias de su Desierto. Inmóvil, a la orilla de su cercado, contemplaba ampliamente las formas y las semejanzas de las rocas: unas, escarpadas, lisas, como muros de ciudadelas; otras, agudas, avanzando en la sombra crepuscular como proas de galeras encalladas; otras, redondas, en montículo, de una blancura fúnebre, como cráneos que quedasen de una antigua y olvidada matanza... Pensaba en las tierras que se extienden hacia el Sur, en su aspereza y desnudez, en los antros que seguramente las excavaban, en los hondos barrancos, mudos, ahogados en tinieblas... Más lejos seguía la interminable lividez del arenal, ondulando a la manera de un sudario, donde el viento forma pliegues, hasta las orillas de un mar bravío, que

no se divisaba... Y más allá de las arenas y de las rocas y de los montes había aún otros montes y peñas y dunas y pantanos y soledades que le separaban de los hombres...

Entonces, lentamente, fué en él naciendo el espanto y después el terror de su soledad. Estremecido, recordaba las historias antaño oídas en la taberna del *Gallo* a Ahmés y a viejos camelleros de las caravanas que cruzan entre Berenice y la Libia, sobre las gentes tremendas y las fieras que pueblan aquella región, la más bravía de toda la tierra. Por las orillas del mar yerran las horrendas tribus trogloditas, que no tienen Dioses ni leyes; se alimentan de pez crudo y de las culebras de las rocas, beben sangre, poseen en común las hembras velludas y salen a rastras de sus cubiles de fango para aullar a la luna... Allí, en aquellos descampados, vive la más pavorosa de las fieras, el torosarcófago, que come la carne humana, es color de fuego y expele un vaho que reseca las plantas y alternativamente deja colgar los cuernos como muelles membranas o los enristra para el ataque, ¡tan agudos y largos y duros como dardos de hierro!... Pero terribles entre todas las fieras eran esas serpientes del Desierto Arábigo, tan largas y gruesas, que, en reposo y cuando están hartas, forman en la planicie como una colina de roscas y escamas, donde lucen arriba y se divisan de lejos las dos brasas de sus ojos... Y era en medio